

FENOMENOLOGÍA

DISQUISICIONES DE UNA MARIPOSA SIN ALAS

Mercedes Fraile Bravo

Enfermera y Antropóloga. Profesora Enfermería de UNEX



THOUGHTS OF A WINGLESS BUTTERFLY

SUMMARY

Introduction

The protagonism acquired by Care has shown up even in situations as determining as women's invisibility. The attribution of typically feminine roles against the roles of control opposition, activity force and dominion attributed to the male genre, reinforce this fact.

The aim of this work is to demonstrate how Cultural Competence proposes a series of interventions which, from the perspective of transculturality, offer solutions and confirm the circumstance of invisibility and genre difference that occurs even after an increased women's educational and cultural level.

The present story emerges from the anonymous thoughts of a middle-aged woman educated in a sexist environment to become an ideal mother and wife and comply with all the roles reserved to women in a traditional education.

Methodology and results

Deep interview was used as activities for the intervention "Reminiscence therapy", within the Care Plan determined for a diagnose of "lack of hope".

Conclusions

The conclusions deal with the role that genre plays in couples' relationships and in children's education, showing the influence of the social structure that impregnates all perspectives in life: publicity, education, etc, and confirms its impact on aim achieving towards genre equity.

Key words: transculturality, sexist education, genre discrimination.

RESUMO

Introdução

O protagonismo adquirido pelos Cuidados tem se manifestado claramente, inclusive em situações tão contundentes como a invisibilidade das mulheres. A atribuição de papéis tipicamente femininos, frente aos papéis de imposição de controle, força e domínio, que são atribuídos ao gênero masculino, reforçam essa constatação.

O objetivo deste trabalho é colocar de pronto como Competência Cultural, que propõe uma série de intervenções, desde a transculturalidade, as quais aportam soluções e, às vezes, ratificam a circunstância de invisibilidade feminina e diferença de gêneros, que é perceptível, inclusive, quando ocorre uma elevação do nível educacional e cultural das mulheres.

O presente relato é fruto dos pensamentos anônimos de uma mulher de meia idade, educada, em um ambiente "sexista", para tornar-se mãe e esposa ideal, a fim de cumprir todos os papéis reservados na educação tradicional para as mulheres.

Metodologia e resultados

Utilizou-se a entrevista de profundidade como atividade na Intervenção "Terapia de Reminiscên-

cia”, dentro del Plano de Cuidados establecido para un diagnóstico de Desesperanza.

Conclusões

As conclusões giram em torno do papel que julga o gênero nas relações de casados e na educação dos filhos, visualizando-se influências da estrutura social que impregna todas as perspectivas da vida feminina: publicidade, educação, corroborando suas influências na consecução de objetivos em direção à igualdade de gêneros.

Palavras Chave: transculturalidade, educação sexista, discriminación por géneros

RESUMEN

Introducción

El protagonismo adquirido por los Cuidados se ha puesto de manifiesto rotundamente incluso en situaciones tan contundente como la invisibilidad de las mujeres. La atribución de roles típicamente femeninos, frente a los papeles de oposición de control, fuerza actividad y dominio atribuidos al género masculino, refuerzan este hecho.

El Objetivo de este trabajo es poner de manifiesto como la Competencia Cultural que propone una serie de intervenciones que desde la transculturalidad, aportan soluciones y a la vez ratifican la circunstancia de invisibilidad y diferencia de géneros que ocurre incluso tras una elevación del nivel educacional y cultural de las mujeres.

El presente relato es fruto de los pensamientos anónimos de un mujer de mediana edad, educada en un ambiente sexista, para ser madre y esposa ideal y cumplir todos los roles reservados en la educación tradicional para las mujeres.

Metodología y resultados

Se utilizó la entrevista en profundidad como actividades en la Intervención “Terapia de Reminiscencia”, dentro del Plan de Cuidados establecido para un diagnóstico de Desesperanza.

Conclusiones

Giran alrededor del papel que juega el género en las relaciones de pareja y en la educación de los hijos, visualizándose influencias de la estructura

social que impregna todas las perspectivas de la vida femenina: publicidad, educación, etc. y corroborando sus influencias en la consecución de objetivos en aras a la igualdad de géneros.

Palabras Clave: transculturalidad, educación sexista, discriminación por géneros,

INTRODUCCIÓN

Diversas y curiosas son las circunstancias y motivos por los que las personas acuden a la Consulta de su enfermera de confianza y curiosos son también los sentimientos, emociones y condicionamientos que se esconden tras la normal apariencia de las personas en un ejercicio de intimidad.

Los cuidados familiares han sufrido un protagonismo importante en los últimos tiempos, puesto de manifiesto de una forma más rotunda incluso teniendo en cuenta una situación, mas que un concepto, tan claro como la invisibilidad de las mujeres. (Rodríguez Camero, et als; 2007), Hecho que se ve reforzado cuando a las mujeres se les atribuye un papel asociado a la dulzura, pasividad, dependencia y fragilidad y opuesto al rol de control, fuerza, actividad y dominio que según Piqué Prado (2003), se atribuye al género masculino.

El objetivo de este trabajo es poner de manifiesto como la Competencia Cultural propone una serie de intervenciones que desde la transculturalidad, aportan soluciones y a la vez ratifica la circunstancia de invisibilidad y diferencia de géneros que ocurre incluso tras una elevación del nivel educacional y cultural de las mujeres.

El presente relato es fruto de los pensamientos anónimos de un mujer de mediana edad, que pasó su infancia en un medio rural, educada en un ambiente sexista, para ser madre y esposa ideal y cumplir todos los roles reservados en la educación tradicional para las mujeres, profesional liberal y con una posición económica alta.

Surge el relato como actividad en el Plan de cuidados

METODOLOGÍA

Se utilizó como metodología una entrevista en

profundidad como una de las actividades a realizar en el Plan de Cuidados establecido para esta mujer, en el que uno de los diagnósticos establecidos fue el de Desesperanza: Cod Nanda 00124; definido como un Estado subjetivo en el que la persona percibe pocas o ninguna alternativas o elecciones personales y es incapaz de movilizar su energía en su propio provecho. (Nanda, 1986)

El recurso más importante de los relatos es el poder expresivo del lenguaje.

Uno de los Criterios de resultados elegidos fue Calidad de vida: Cod Noc 2000; definido como el Alcance de la percepción positiva de las condiciones actuales de vida. (Moohead et als, 2005)

Y los Indicadores utilizados:

- 200005 Satisfacción con el nivel educativo
- 200007 Satisfacción con las relaciones íntimas
- 200011 Satisfacción con el estado de ánimo general

Medidos con escala Likert : no del todo satisfecho (1)-completamente satisfecho (5)

Dentro de las intervenciones se propusieron entre otras

- Dar Esperanza (cod Nic 5310)
- Terapia de Reminiscencia: cod Nic 4860; Utilización del recuerdo de sucesos, sentimientos y pensamientos pasados para facilitar el placer, la calidad de vida o la adaptación a las circunstancias actuales (McCloskey et als, 2006).

Se eligió un ambiente cómodo para la sesión con la paciente. El tema identificado con el paciente para esta sesión fue la vida sexual. Al determinar el método de reminiscencia se optó por la revisión estructurada de la vida de la paciente, siendo de notable interés datos de lenguaje no verbal como lenguaje corporal, expresión facial, y el tono de voz utilizado por la paciente para identificar la importancia de los recuerdos.

Por expreso deseo de la entrevistada, su nombre debe permanecer en el anonimato. La Entrevista se realizó en mayo de 2006.

Sirva como ejemplo la anónima confesión de nuestra protagonista para la reflexión.

RESULTADOS

Eran una familia sencilla. Sencilla de emociones y sencilla de sensaciones. Se casaron cuando ella aún no había vivido lo suficiente, pero se querían.

Desde muy joven comprendió que la vida pasa precipitadamente, el tiempo no vuelve, que la felicidad de la infancia es efímera y la de la edad adulta una ilusión., siendo preferible alimentar los sentimientos, vivir las emociones, disfrutar de las pequeñas cosas, porque, cada día que pasa, que vives, amas, sientes y te emocionas, queda grabado en el corazón.

Pensaba que los personajes de las novelas rosas eran afortunados por amarse de esa manera tan apasionada, y cuando terminaba de leer cada relato, se mezclaban los sentimientos de amor, de ternura, de felicidad que vivían los amantes. El vacío la embargaba: no experimentaba ninguna de esas sensaciones, solamente dolor, una opresión en el pecho, una gran bola detrás de su esternón que pugnaba por salir a toda velocidad y que la incitaba a clamar a los cuatro vientos que poseía un sentimiento a compartir y contárselo a alguien, Sí, pero ¿a quién?. En el fondo (cuando las leía) era una adolescente enamoradiza, necesitada de cariño y ternura, con lágrima fácil no solo en las películas tiernas sino cuando era incomprendida, rechazada, o enojada.

Así se sentía cuando se enamoraba, así se sentía cuando necesitaba repartir todo su amor, sentimiento bastante frecuente en ella.

Frente a la imperiosa necesidad de repartir cariño, dulzura, ternura, cuidados abrazos y calor, se colocaba la más imperiosa aún, necesidad de ser correspondida por alguien, por algo ¿Esto que era?, ¿Era amor? ¿Era solamente generosidad? ¿Qué diferencia había entre estos sentimientos? ¿Cómo podía ser capaz de separar los sentimientos de amor de los de cariño?, pero sobre todo ¿Quién era el depositario de todos estos tesoros? ¿Dónde estaba? ¿Se entregaría por entero absolutamente a ella como ella a él?

Él se autodenominaba ateo –irreverente decía su mujer– pero criado en un ambiente religioso practicante ("Beatos, que sois todos unos beatos"), con la hipocresía del que practica la religión para



acallar su conciencia cuando no cumplía las normas dictadas por su Dios. Con un egoísmo tal, que si tuvieran que reescribir las sagradas escrituras según sus pensamientos y actuaciones de verdad, les hubieran negado directamente la entrada al paraíso, por parecer mas bien un manifiesto racista y antihumano.

Nunca se sintió querido porque nunca pensó en el cariño. Eso de las emociones era cosa de chicas, además siempre le habían enseñado que los hombres no tienen emociones y si las tienen se las guardan. Todo hombre que asuma que tiene emociones es un débil, no merece la pena llamarle hombre, no es un “tío que se viste por los pies”. Antes que ser persona hay que ser un hombre.

No le permitieron llorar cuando era un niño y se caía. Las heridas de sus rodillas nunca fueron besadas, ni curadas cuando se cayó de la bicicleta. Siempre se consoló solo, no recordaba ningún abrazo cariñoso. Por eso Él no consolaba a nadie, por eso Él no abrazaba a nadie, no creía en todas aquellas tonterías del contacto humano. Siempre se preguntó por qué ante una tragedia, las personas se abrazaban independientemente del sexo que tuvieran. ¡Las personas se abrazaban fuera de un contexto sexual! Incomprensible.

-¡Que contacto humano ni contacto humano!, eso son todo bobadas, existen dolores que no se pueden mitigar.

Siempre envuelto en un halo de soledad interior, se tornó solitario, desconfiado, autosuficiente sentimentalmente hablando. No necesitaba ninguna muestra de cariño, por eso Él no las repartía ni siquiera ante sus hijos pequeños. Era de los que pensaban que ni los hijos ni las hijas, pueden ver debilidad alguna en el padre, que el respeto al padre empieza por una demostración de fuerza y de autoridad: ¡Es el cabeza de familia!

La primera vez que su hijo varón (género masculino) le preguntó por el sexo, Ella no supo contestar.

- Mamá ¡Tú no tienes "cola"!

El niño tenía tres años. La situación dejó a la madre estupefacta. Esperó a que el niño cambiara de tema.

- ¿Quién te ha quitado la cola?

La madre siguió sin responder.

¡Este niño.... –pensó–. Tengo que contestar, al fin y al cabo, alguna vez tenía que explicarle estas cosas pero ¿cómo lo hago con un niño de tres años? Su hermana no me preguntaba estas cosas.

- Yo sí que tengo cola y puedo hacer pipí; tú no, además te tienes que sentar.

El tono despectivo hacía entrever una personita que prometía como un futuro gran machista. Cuando se lo contó al padre observó su sonrisa de complacencia y satisfacción.

-¡Ole mi niño! Se nota que es un machote
–Contestó el padre– y ¿que le contestaste?

-Y ¿Qué quieres que le conteste? Pues la verdad, que las chicas son diferentes a los chicos, pero sólo físicamente,

...Que nadie les ha cortado nada, que no pasa nada por tener que sentarse a hacer pipí, que las diferencias no son importantes, que tienen las mis-

mas emociones, los mismos sentimientos...,- quiso decirle

-¡Tonterías! No es lo mismo mear de pie que sentado. ¿Te imaginas si entro en el bar del barrio y me siento para mear? Todos dirían que soy poco hombre. ¡Los hombres se visten por los pies, llevan los pantalones, mandan en su casa! ¡El hombre siempre es el hombre!

Aún ahora, en su serena madurez, seguía utilizando el privilegio de la diferencia que la naturaleza, a través de sus cromosomas le había otorgado. Ni siquiera el tiempo consiguió doblegarlo.

La mujer cerró los ojos con un gesto de desesperación y pensó en lo torpes que son los hombres. Les falta sensibilidad, –pensó– y se autocompadeció de su mala suerte, de lo que ella pensaba era mala suerte.

Al cabo del tiempo cuando en televisión anunciaban los juguetes que se podían pedir a los Reyes Magos, la sorprendida fue ella. El hijo pequeño, al que gustaban mucho las muñecas de trapo para jugar, empezó a protestar porque en televisión solamente salían juguetes para niñas, al menos este hijo todavía no la había puesto en el compromiso de las preguntas sexuales.

- *Mamá ¡la tele es un rollo!, solamente salen juguetes de niñas*
- *¿Cuáles son los juguetes de niñas? –sondeó.*
- *Pues las muñecas –dijo el niño con desprecio.*

Ella no entendía qué lavado de cerebro promachista estaba actuando sobre su hijo. Sobre todo cuando Ella les estaba educando de forma totalmente contraria, en la tolerancia, en la solidaridad, en la comprensión, en la igualdad...con la esperanza de que al menos sus hijos compartieran las tareas de la casa, como se deben compartir de verdad, no bajo la fachada de la ayuda si no de la responsabilidad compartida de absolutamente toda la intendencia del hogar, de la familia

- Pero a ti te gustan las muñecas, hijo, tú juegas mucho con ese bebé de trapo ¿Verdad?

- Si pero las muñecas son para ti que eres una niña, ¡Eso le vas a pedir tú a los Reyes! Para mí quiero una caja de herramientas.

Otra vez cerró los ojos con marcada desesperación antimachista. Sentía que su particular cruzada educacional frente a la igualdad de géneros estaba cayendo en saco roto, máxime cuando los medios de comunicación, lejos de ponerse de su parte en lo tocante al consumismo, se pasaban por el forro ciertas causas. Ni siquiera en aquella cadena de televisión que llevaba con orgullo el lema de “doce meses, doce causas”.

Desde niña, los amigos que tenía, no podían ser chicos. La compañía perfecta eran las chicas enamoradas del hogar, los mejores intereses eran los que llevaban al aprendizaje de labores hogareñas y actividades propias de una futura señorita: aprender a planchar, aprender a coser, ser discreta, callada...verdaderas esencias de la Sección Femenina del Movimiento. ¡Unas verdaderas señoritas decentes!

Como en su barrio solamente había chicos, ella sabía los juegos de niños perfectamente: el fútbol, “burro va”, las chapas, los bolindres, coger nidos, subirse a los árboles, el escondite en el Gran Almacén, donde se colaban a jugar en aquellas guerras de bandas. Pero pese a estar siempre entre niños, jugando los juegos de niños, ella, que era la única niña, no recuerda que ninguno la tratara de forma diferente: los golpes con las bolas eran de la misma magnitud, las peleas igual de cruentas, etc. Ni recuerda haberse convertido en una “machorra” como le decían sus vecinos por jugar con los chicos, ni por estar siempre entre ellos y rodeada de ellos.

Lo que sí recuerda bien son los enfados de su madre cuando se enteraba de sus juegos, los castigos por jugar a juegos de chicos, por estar siempre entre ellos. Lo que la llevó a callar. Ella, que era muy dicharachera y se creía en la obligación de contárselo todo a su madre para liberar su conciencia, aprendió que era mucho más práctico no decir dónde y con quién ni a qué jugaba. Si callaba no había castigos ni chantajes con el futuro, pero cargaba un gran peso en su conciencia. Ese fue el origen de sus cargos de conciencia. La incomprensión de su madre la hizo retraída.

Las únicas diferencias o separaciones sexistas entre niños y niñas que recuerda eran las que ya tenían definidas los mayores.

El resto de las chicas de su pueblo jugaban a juegos de chicas: saltaban a la comba, “el truke”, “balón prisionero”, y tenían una afición grupal: compraban pipas y se iban en pandilla a comerse-las a la plaza del pueblo y a hablar. Ella no sabía de qué o de quién, por que nunca fue admitida en ninguno de aquellos clanes. Era consciente de que Ella jamás sería aceptada en un grupo como ese. Tampoco le importaba mucho, de momento.

Cuando era una adolescente, empezó a observar los primeros cambios con respecto a los chicos de su pandilla. Todos empezaron a crecer. La voz ya no era la suya, los músculos iban modelando unos cuerpos varoniles que parecía no corresponder, ni a aquellos granos en la cara ni a aquellas pelusillas que se iban transformando en barbas.

Pronto los temas de conversación cambiaron, y ella pasó de ser un elemento más del grupo a ser la enciclopedia que todos querían tener para conocer todas aquellas cosas de las chicas que no sabían, y que nunca les habían interesado. Cosas que incluso Ella desconocía y que estaba descubriendo de sí misma. No tenía respuestas todo lo que ellos preguntaban, además, sus hormonas también estaban revolucionadas y a cada pregunta, inocente o no de los chicos, ella contestaba con una ruborización que sentía que le quemaba la cara.

Esa fue la primera escisión, hasta que llegó la ruptura definitiva. Aproximadamente tenía catorce años, cuando sus hormonas dieron el fruto que tanto esperaban las chicas de esa edad.

Recuerda la vergüenza que sintió cuando supo que se había enterado su padre, y éste se lo comunicó a su abuela.

- Has pasado de ser una niña a ser una mujer-le dijo su abuela. No entendía que drástica línea separaba una cosa de la otra. - ¡Si yo soy la misma de ayer, no ha cambiado nada!, sigo pensando como ayer, no hay diferencias.

En contra de lo que esperaba, su madre no hizo ningún tipo de comentario: no le habló de los chicos, ni del sexo, ni del amor, ni de nada que no fueran cambios higiénicos. Recuerda que la creencia era que no podía lavarse la cabeza según su madre y no podía bañarse ni en la bañera ni en el río, según sus compañeras de colegio porque corrías el

riesgo de enloquecer. Tal era la concepción de la sabiduría popular sobre la cultura de la salud.

De modo que cuando todos se bañaban en el río o en las charcas en verano, ella tomo la decisión de no salir de casa, pues salir y no bañarse era tan horra como avergonzante, la pista inequívoca. La sensación de estar sucia era omnipresente. Empezó a envidiar a los chicos por no tener este problema. Se sintió inferior, gafada por la naturaleza, discriminada, proscrita y sintió rabia por no haber podido elegir el bando al que irremediamente pertenecía. No sabía que razón la impulsó a desobedecer al saber popular, asumir el riesgo de la locura y ducharse, solamente ducharse. ¡Que placer le proporcionaba el agua!

Pero ser mujer podía en un momento dado tener sus ventajas: empezaron los primeros tacones, la primera barra de labios, la primera falda, el primer pantalón ajustado, las primeras salidas a las discotecas, los primeros chicos (diferentes, no como iguales) y llegó el primer enamoramiento de juventud, aquel que todo el mundo recuerda con ternura por la inocencia con que se vive a los 15 años. Evidentemente no fue correspondida. Fue el primer rechazo. Soñaba con Él a todas horas.

El mejor momento del día era cuando se metía en la cama, antes de dormir y soñaba despierta, daba rienda suelta a su imaginación de enamorada y creaba una circunstancia con toda su fantasía, exactamente como ella deseaba.

Empezó a creer en el príncipe azul, pero no el de los cuentos convencionales (ella nunca se consideró una Princesa), sino en el prototipo ideal de hombre varonil: alto, fuerte pero no excesivamente musculoso, delicado, con dulzura, romántico, que leyera poesía, fiel, que buscara una caricia sin sexo...., o sea, ¡Un imposible!

Ninguno cumplía ni la mitad de los requisitos, por tanto siguió buscando toda la vida su Príncipe Azul.

En su pueblo natal era un bicho raro, no en vano, fue la única mujer de su generación que siguió estudiando tras el colegio. Pero no fue solo eso, sino que fue la única joven que se marchó del pueblo para estudiar.

Por todo ello, las chicas de su edad, la despreciaban. Nunca formó parte de ninguna pandilla.

Cuando las demás empezaban a salir y a despertar a la adolescencia, a enamorarse, ella estudiaba en un internado de la Capital, lo que propició que se sintiera una extraña en todos los hábitats. Ya desde la adolescencia empezó a sentirse desplazada, desarraigada, exageradamente sensible, a sentirse inferior, poquita cosa, a infravalorarse. Ni siquiera el tiempo la enseñó a comprender.

Las pocas veces que volvía a su pueblo de vacaciones, no tenía dónde ir los domingos, pero lo fundamental es que no sabía con quién ir, de modo que se enamoró perdidamente de un chico mucho mayor (realmente un hombre frente a sus quince años) que trabajaba en el campo, sin estudios, y sin ninguna gana de que ella los tuviera. Pero todo eso lo comprendió mucho más tarde, cuando tuvo capacidad de análisis y edad suficiente para ello. El día que asumió todo esto sintió vergüenza y renegó de todos esos años. Siempre quiso borrarlos de su mente, incluso en su madurez serena intentaba convencerse así misma, pensando que fue una locura de juventud, o ¿tal vez quería justificar algo injustificable?

Lo cierto es que se desprendió de su vida, pueblo, compañeras y compañeros de colegio y voló. O creyó volar.

Llevó unos años de adolescencia loca (ella creía que loca), de los que se arrepintió también, porque no estaba preparada para actuar con esa liberación de la que ella misma se sentía propietaria. Sintió que algo se le clavaba en lo más hondo de su reciente y explosivamente ego femenino, liberado e igualitario, cuando descubrió que a los chicos que tanto hablaban de igualdad de oportunidades, de liberación sexual de la mujer, al fin y al cabo le gustaban liberadas las amigas y de “boquilla”, pero no sus novias, a las que querían castas, puras, sumisas y modositas, que no opinaran y no les llevaran la contraria.

Este tipo de chicas eran las que conseguían el respeto, el amor y la sumisión de los chicos. Las amigas contestatarias inteligentes, activas cultas y marchosas eran el plan perfecto para irse de juerga hasta altas horas de la madrugada cuando se llevaba temprano a casa a la novia formal, a la que sus padres –como chica formal que era– no permitían salir después de las 10 de la noche.



Las estudiantes, y sobre todo las que residían en internados (además de sufrirlas) eran chicas mucho más liberadas, chicas a las que no se las hería bajo ningún concepto, por que eran chicas fuertes de roca, ellos (los chicos), no sabían que estas mujeres se fabricaban una coraza que pudiera protegerlas de la soledad, pero dejando intacto el corazoncito dentro de la coraza que les hacía vulnerables; pero eso muy pocos lo sabían.

Una de las cosas que más la exasperaban era la hipocresía con que los chicos hablaban de la liberación sexual de la mujer, pero, aquella a la que se le ocurriera practicarla era tachada de puta y mucho más puta cuantos más chicos dijeran que se la habían llevado a la cama. ¡¡¡¡¡Estamos en los 80!!!!, de todas maneras, la primera que tenía prejuicios era ella, por que siempre la habían educado en la desconfianza masculina.

En su adolescencia, estar con chicos era sinónimo, -significaba directamente-, tener relaciones sexuales. No se podía concebir una amistad con alguien del sexo contrario. No podía existir una amistad pura, entre personas, independientemente de si se sentaban o no para ir al cuarto de baño como decía su hijo. Su madre no se fiaba de los chicos (era su única hija), y siempre creyó que fue su madre, quien le inculcó esa desconfianza generalizada hacia el género contrario. Aún en su adolescencia pensaba que los chicos de las chicas solo buscaban sexo. No podían tenerse amigos que no tuvieran tu género.

No culpaba por ello a su madre, (era un mecanismo de protección hacia su hija,) pero esa des-

confianza la llevó a no fiarse de ningún hombre: en el fondo todos piensan en lo mismo.

Recuerda que una vez en una fiesta conoció a un chico andaluz, también estudiante, vivaracho, simpático y agradable, que la hizo reír. Pensó que era diferente. Cuando acabó de tocar la orquesta se fueron de copas. Ella con la mejor intención. El no lo entendió así. Cuando se cerraron todos los bares dieron un paseo por el parque. Después de bailar toda la noche (a ella le encantaba y pocos chicos sabían bailar en aquella época los bailes de salón), su pantalón rosa estaba sucio y sus pequeños calcetines se habían roto, pero no le dolían los pies, hubiera seguido bailando. Aún era de noche.

El quiso besarla. Ella hubiera deseado un beso suave y dulce en los labios, solo besarle, pero era consciente de que a aquellas horas y en aquellas circunstancias podría originarse una situación embarazosa o embarazable, (como le hubiera advertido su madre) en la que no quería verse envuelta.

- Si le abrazo va a pensar que quiero algo más, pero solo quiero un abrazo con ternura. Él no lo entenderá así y pensará que le estoy dando pie a seguir., a algo más fuerte. ¿Cómo le explico que es eso lo que quiero sin que se sienta herido y me rechace?, ¿Realmente tiene algún tipo de interés por mí que no sea el exclusivamente sexual?

No quiso romper la magia del momento. ¡¡¡Qué vergüenza!!! –pensó–

Se sintió sucia efectivamente, pero triunfalista evitó que él la besara. Con los años sabría medir lo que se había perdido.

Lo cierto es que, aquella noche, el chico, del que ha olvidado su nombre, fue todo un caballero (andaluz) para ella. Cumplió con todos los requisitos propios y típicos exigibles a un caballero para ser considerado como tal: la protegió ante los tumultos, la abrió la puerta y la cedió el paso, no la dejó pagar (bueno,...en la medida que podía un estudiante, de la posición económica que él parecía disfrutar),... incluso una vez la cogió de la mano y su tacto a ella le pareció la más suave de las sedas.

Todo quedó simplemente en eso. Ella se mantuvo firme y supo en todo momento decir que no.

El, entendió que no conseguiría nada y no quiso insistir, eso sí, procuró por todos los medios que ella le regalara una de sus medias.

- ¿Una media? ¿De la que llevo en los pies?

No entendía nada., pero como él insistiera y volviera a insistir, de manera muy cautivadora la verdad, accedió. Su caballero se guardó la media y se despidieron hasta una próxima vez, cuando acabaran los exámenes

No paraba de darle vueltas, - *¿para qué narices querrá este tío una de mis medias con lo sucias que están después de todo el día andando?* Desde luego hay gente rara por el mundo, cada loco con su tema.

No era capaz de encontrar una explicación por más vueltas que le daba.

No sabe como llegó a deducirlo.

- Claro, ¡¡la media es un fetiche!! Es la prueba fehaciente de que se ha llevado a una tía a la cama. Así podrá presumir delante de sus amigos de la Residencia, además con esa prueba irrefutable, nadie lo podrá negar. ¡¡Es un trofeo!! Me ha utilizado. ¡¡Cerdo!! Si todos los caballeros son así, no quiero volver a encontrarme con ninguno.

No quiso volver a verle, ni hablarle cuando lo volvió a encontrar por la calle. Se sentía tan humillada, que incluso después de los años no había olvidado el incidente y lo que es peor, tampoco le había quitado ninguna importancia.

Cuando estaba acabando la carrera, en cuarto curso, se enamoró de un compañero de promoción que con el tiempo sería su marido.

¡Como se enamoró perdidamente de él! Era un chico maravilloso, atento, dulce tierno, preocupado por ella, era de los que le abren la puerta a una chica. Fue el mejor candidato posible al puesto de príncipe Azul. El que más requisitos cumplió. No eran todos, pero al menos gran parte de ellos.

Fue una etapa maravillosa. Con los años y la seguridad que dan dos puestos de trabajo fijos, se casaron. Compartieron muchos proyectos en común soñados desde hacía mucho tiempo.

El reloj biológico de Él empezó a dar señales de aviso, curiosamente antes que el de ella. Ella dilató el tiempo y las excusas todo lo que pudo, pero al final acabó accediendo a aquello de tener hijos. No es que la apeteciera mucho, pero se dejó llevar por la inercia: era una parte más del ciclo de la vida de una mujer educada, al fin y al cabo para ser esposa y madre ejemplar, no como una persona libre. No quiso pensar en aquello de la maternidad responsable, aquello de tenerlo muy claro, de desear mucho tener un hijo. Si, si a ella le apetecía, pero, era consciente de perder la libertad que le había dado su estatus profesional y económico. Sucumbió ante las presiones psicológicas de su pareja. Fue una de sus primeras manipulaciones, que tanto la acompañarían durante toda su vida. Se sintió dominada, presionada, obligada a hacer algo. Se dio cuenta que habían empezado los chantajes emocionales a los que pronto se vería sometida con mucha frecuencia.

Tuvieron, a pesar de todo, dos hijos: una niña y un niño. Nunca se arrepintió de ello, todo lo contrario, cada día se alegraba de tenerlos con ella, sobre todo cuando los niños la abrazaban la besaban, la decían que era la mejor mamá del mundo; y cuando veía que la necesitaban, ella estaba en disposición de darles todo su cariño, todos aquellos cuidados y toda aquella ternura que tenía guardada dentro en ingentes cantidades y que le salía por todos sus poros. Al fin había encontrado a quienes dar todo ese amor fructífero que guardaba en su seno: sus niños.

Cuando las cosas iban mal, el pensamiento de sus hijos era lo único que la hacía sonreír.

¿Por qué se fueron enfriando las cosas? ¿Por qué acabó la pasión? ¿Había sido todo una ilusión?

Las cosas se presentaban de manera muy diferente. Ahora la visión que ella tenía de su vida y de sus emociones era muy distinta. Seguía siendo emotiva, teniendo sentimientos profundos, se sentía sola, despreciada, rechazada, vulnerable, controlada, manejada, infravalorada, marioneta con cuerdas especiales para la mano de él, y además sentía que todas las responsabilidades del hogar le caían sobre sus hombros. ¡Qué decepción!

Al trabajo del hogar, como todas las mujeres de

todas las épocas, debía sumarle el trabajo fuera de casa, del que no podía ni quería prescindir. No podían prescindir de un sueldo para pagar la hipoteca de la casa y el colegio de los niños, ni quería perder la independencia económica que le daba poder utilizar su orgullo para no tener que depender económicamente de él. El dinero era otro gránito de arena más en la playa de la dependencia, al menos, eso era una ventaja a la que no estaba dispuesta a renunciar.

Estaba convencida del giro que había dado el comportamiento de Él. Se había asentado en la comodidad que da el hecho de que sea otra persona quién asuma todas las responsabilidades en el convencimiento de que, al fin y al cabo, ella era la mujer, el ama de casa, a quién correspondían todos esos detalles nimios de organizar un hogar con sus habitantes dentro. Él ya no colaboraba en las tareas del hogar, ya no asumía ninguna responsabilidad hogareña. No le importábamos nada.

- ¡Y eso que son sus hijos! –pensaba ella– Si fuera yo, ni siquiera me miraba a la cara. Ya sé lo que significo para él.

Seguía buscando en Él al Príncipe Azul que fue un tiempo y que perdió la vocación de su majestad: El príncipe Azul había desteñido.

Su pobre madre herviría si supiera que todo por lo que ella estuvo luchando para con su hija, no había servido de nada.

Su madre si que fue una mujer abnegada. Ella sí que tuvo una vida dura de mujer dura. Recuerda que trabajaba en el campo con su padre de sol a sol, que absolutamente todo el trabajo de la casa lo realizaba ella, y que incluso era la encargada de atender al ganado. Su padre sí que ejercía absolutamente de hombre. Era de los que no sabía ni donde estaba su ropa por que su mujer se la preparaba cuando se quería vestir. Recordaba las palabras de su padre cuando ella era una niña que decían a su madre:

- "Prepárame la ropa que me voy a vestir" o aquello de "Échame el café" o "Ponme la mesa que quiero comer".

Su padre nunca se acercó a una cocina, nunca supo freír un huevo, ni siquiera sabía calentarse un

vaso de leche, nunca supo donde tenía la mano derecha sin su mujer, y era su mujer la que recogía la ropa sucia que él dejaba por el suelo cuando se cambiaba. Pero aquella abnegación que sentían los hombres mayores por sus mujeres era algo maravilloso.

Su madre le había contado muchas veces cómo se enamoró de su padre, cómo iban al baile de principios de los 50, como bailaban juntos pero sin arrimarse y nunca dos piezas seguidas ¡Por Dios!! Eso era de mujeres de vida licenciosa y ellos fueron siempre muy decentes.

Se veían los domingos por la tarde camino del baile cuando su grupo de amigas era acompañada a distancia por el grupo de amigos del padre, cómo sabía el padre la hora a la que iba a ir a la fuente a buscar agua con el cántaro, porque él iba entonces con las caballerías a darles de beber, y aprovechaban en la cola de la fuente para hablar, cómo el padre iba a verla a la reja de la ventana por las noches y la decía cuánto la quería y las ganas que tenía de casarse para estar con ella, pues era única manera de verla sin que fuera indecente. Pero habían de esperar a que el padre cumpliera el Servicio Militar.

Los dos años que estuvo el padre en la mili, la madre no salió de casa, le guardó la ausencia, no volvió al baile con sus amigas, solo iba a misa de 8 los domingos. Se dedicó a bordar el ajuar, y cada bordado que realizaba llevaba la ilusión de unirse a su amado. Le esperó, y cuando el padre regresó con la licencia se casaron.

Curiosamente, la historia de amor de sus padres siempre le pareció romántica.

A nuestra mariposa, los años le enseñaron a valorarse un poco más, impregnándola de una serenidad y un aplomo que jamás pensó tener. Había aprendido que los sueños son solo sueños, que no se pueden alcanzar en la tierra y a veces cerraba los ojos para aislarse del mundo y se quedaba sola con sus pensamientos. Después de todo, soñar seguía siendo su ilusión. Tenía la imperiosa necesidad de dar, de regalar todo el amor que llevaba guardado en su interior y tanto pesaba, se desbordaba y le quemaba dentro. A veces soñaba que un maravilloso hombre la amaba sensual y serenamente, tiernamente la acariciaba, la hacía estremecer, todo era

pleno de sentimientos. Sus manos eran sensibles pero no tenía rostro, no era ni siquiera un desconocido, no tenía facciones. Luego se despertaba con la melancolía y la sonrisa de la ternura.

Pero a pesar de todo, y analizando su situación en conjunto, dio gracias al destino por ponerle en el camino un hombre que al fin y al cabo y a su manera, algo la querría. Al menos para una cosa si le servía: para ganarle la batalla a la soledad y para descubrir que la felicidad es realmente efímera.

Ésta es la historia de una mariposa que su protagonista nunca contaría.

Éste es un relato es anónimo. Puede ser el relato de cualquier mujer. Debería hacernos reflexionar.

CONCLUSIONES

La protagonista nos hace un relato de sus recuerdos educacionales desde su niñez hasta su madurez, y nos pone de manifiesto la concepción machista de su educación.

Refleja el papel de la educación en la conformación del pensamiento sexista en la sociedad actual. Si la separación de géneros existe claramente en los juegos de la infancia, se pronuncia de una forma mas marcada la diferencia en la adolescencia, aún cuando los individuos se unen en grupos y establecen las características propias de cada uno en la intención de satisfacer una necesidad básica como es la de pertenencia a un grupo.

El desconocimiento de los procesos biológicos que actúan como elementos determinantes de los ritos de pasos le producen aislamiento, suponiendo una ruptura física con la niñez pero no emocional, entroncándose con la cultura popular de la salud que preconiza una concepción mágica de los procesos fisiológicos femeninos.

Es marcado y perfectamente establecido los típicos ritos de paso establecidos en la sociedad actual como el paso fisiológico a la edad adulta, el emparejamiento y el nacimiento de los hijos.

Otro hito importante respecto a la necesidad sexual, es la parte que afecta a la educación: nula en lo que respecta a las emociones y prolífico en la transmisión de sentimientos de miedo y de acto prohibido.

La protagonista conocedora del papel determinante de la educación sobre el sexismo y el

machismo, huye de la tipología tradicional en un intento de transmitir valores de igualdad a sus hijos, luchando con circunstancias tan dispares como la publicidad, los medios de comunicación, los juguetes y la propia concepción de educación machista de su pareja.

BIBLIOGRAFÍA

- Moohead, Sue; Jonson, Marion; Maas, Merodean.(2005) "Clasificación de Resultados de Enfermería (NOC)". Edit. Elsevier-Mosby Tercera edición. Madrid. España.
- McCloskey Dochterman; Joane et M. Bulechek; Gloria(2006). Clasificación de Intervenciones de Enfermería (NIC). Cuarta edición. Edit Elsevier-Mosby. Madrid. España.
- Nanda Internacional. (2005) Diagnósticos enfermeros: Definiciones y Clasificación 2005-2006. Edit Elsevier España. Madrid.
- Piqué Prado E. (2003) "Mujer y salud desde una perspectiva de género," Rev Metas Enfer, N° 53 pp50-54.
- Rodríguez Camero, M^a Luisa; Rodríguez Camero, Noelia; Azañón Hernández, Rodrigo; Torres López, Ana; Rodríguez Salvador, M^a del Mar; Muñoz Ronda, Francisco. Mujeres, Salud y Cuidados familiares. Instituciones económicas desde la perspectiva antropológica. Index de Enfermería [Index Enferm] (edición digital) 2007; 58. Disponible en <<http://www.index-f.com/index-enfermeria/58/6464.php>>.

